

pulada poco a poco por Manuel Godoy, eliminaba a políticos tan significativos como Floridablanca y al mismo Campomanes, para pasar a desplazar también a obispos del monarca anterior, como Climent y Bertrán" (pág. 53). Esto lo debe decir Rodríguez de Coro "impávido y vegetal". Porque Climent fue obligado a dejar la mitra barcinonense por el mismo Carlos III en 1775, cuando Godoy tenía ocho años —ya sería precocidad en el favorito—, y Bertrán murió como obispo de Salamanca en 1783, reinando en Madrid la Católica Majestad de Carlos III.

Por todo lo expuesto, es un libro totalmente prescindible. Lástima que la BAC, que debería cubrir esa inmensa laguna que es la historia de nuestros obispos, lo esté haciendo con tan mediocres resultados. El libro sobre Gandásegui, que no me había entusiasmado, está a años luz sobre el de Rodríguez de Coro. Esperemos que las biografías de Segura, Herrera Oria y García Lahiguera, que tengo en lista, mejoren lo anterior.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

***Teófilo Aparicio López: AGUSTINOS ESPAÑOLES
EN LA VANGUARDIA DE LA CIENCIA
Y LA CULTURA (Volumen II) (*)***

El agustino Aparicio López, que no hace constar tras su nombre las conocidas siglas OSA y que en el no muy afortunado dibujo en el que se nos muestra en la contraportada no luce el menor signo de su condición de fraile, ha proseguido su labor, iniciada más de diez años antes, suministrándonos noticias de otro manojito de agustinos, de mayor o menor nombradía pero ciertamente dignos todos ellos del recuerdo histórico.

La Orden agustiniana, en claro declive —3.847 en 1974, 3.374 en 1987 y 2.888 en 2001, según datos que tomo de los Anuarios Pontificios de esos años—, ha dedicado numerosos trabajos a recordar a sus hijos ilustres, en un esfuerzo que real-

(*) Estudio Agustíniano, Valladolid, 1996, 254 págs.

mente no tiene parangón en otras órdenes religiosas. Además de los libros citados del P. Aparicio, tengo sobre mi mesa de trabajo, y tal vez dé cuenta de ellos, el del que supongo también agustino Rafael Lazcano, *Generales de la Orden de San Agustín. Biografías. Documentación. Retratos* (Roma, 1995); el de quien no tiene reparo en manifestarse como agustino, Teófilo Viñas Román, *Agustinos en Salamanca. De la Ilustración a nuestros días* (El Escorial, 1994); la exhaustiva y apabullante —son tres tomos de 1201, 1189 y 1335 págs.—, *Historia del Real Colegio de Alfonso XII*, del P. Felicísimo Castaño de la Puente (El Escorial, 1996) y el volumen colectivo *Los agustinos en El Escorial*, conmemorativo del primer centenario de su presencia en aquel Real Sitio (El Escorial, 1985), que completan el estudio macizo y colectivo, *La comunidad agustiniana en el Monasterio de El Escorial. Obra cultural (1885-1963)* (El Escorial, 1964), aparecido ya hace casi cuarenta años.

Nada tengo que objetar, pues es digno de aplauso, al intento de mostrar con orgullo las glorias de la Orden y se puede comprender también, por el amor a la misma, el presentarlas si cabe más gloriosas de lo que en realidad fueron. Pero nos gustaría más que ese amor a la Orden se tradujera además en una imitación de las virtudes religiosas y humanas de los hermanos recordados, de sus afanes apostólicos, de la prodigiosa expansión que conoció en España durante casi un siglo. Porque mucho nos tememos que aquella gloria eclesial jerónima que fue el Monasterio de El Escorial, panteón de los reyes de España por voluntad del segundo y más grande de los Felipes, sea, a no tardar mucho, panteón también de la Orden agustiniana.

Y esa muerte anunciada, hoy ya agonía, es una herida dolorosísima en la Iglesia de Cristo. En la Iglesia universal y, muy concretamente, en la española, que no puede olvidar que vistieron tan santo hábito glorias imperecederas de nuestro catolicismo. San Juan de Sahagún, Santo Tomás de Villanueva, San Alonso de Orozco, Fray Luis de León, Malón de Chaide, Juan Márquez, el P. Flórez y otros muchos más, son nombres demasiado gloriosos como para que se pierda la Orden en que profesaron, como se ha perdido ya el hábito que vistieron.

Aquella desgracia eclesial que fue la desamortización de Mendizábal y la consiguiente desaparición de la vida religiosa en España, salvo algún escaso colegio de misioneros de Ultramar, se compensó en las últimas décadas del siglo que había conocido su muerte, con un renacer asombroso de las Ordenes desaparecidas y con la aparición de congregaciones nuevas que vivieron días de verdadero esplendor. La Agustiniense entre ellas. La figura inmensa del P. Cámara no fue caso aislado y otros muchos, si bien con no tanta excelencia, hicieron que el hábito agustino volviera a tener peso considerable en nuestra Iglesia.

Ocho son los frailes que Aparicio trae a estas páginas, mucho más hagiográficas que críticas. Fermín de Uncilla (1852-1904) fue un vasco, discreto historiador y de vida poco apasionante. Vasco también, Eustaquio Uriarte (1863-1900), musicólogo discutible y discutido, apasionado del gregoriano francés —bien podemos decir que fue su gran propagandista en España—, a quien la pronta muerte impidió mayores realizaciones. Ignacio Monasterio (1863-1944), asturiano, fue hombre de inquieta vida y muchas realizaciones en Filipinas, China, Perú y España, también discutible y discutido, además de sus muchas obras prácticas, aun encontró tiempo para estudios históricos interesantes. Manuel Fraile Miguélez (1844-1928), hijo de La Bañeza, fue el ángel bueno que encontró el genial poeta Jacinto Verdaguer en sus momentos más desesperados y el crítico de Menéndez Pelayo en algunos puntos de sus *Heterodoxos*. Su libro *Jansenismo y regalismo en España* sigue siendo hoy de obligada consulta. Jerónimo Montes (1865-1932), leonés también, fue un penalista ilustre, aunque tal vez de menos quilates de los que le atribuye Aparicio. Jesús Delgado (1872-1967), asturiano, fue un santo fraile a quien no poco debe la restauración jerónima, hoy a punto de expirar. Incluso durante cinco años convivió con ellos los fríos de El Parral segoviano. Bruno Ibeas (1879-1957), burgalés, fue realmente “un fraile batallador”, que requería bastantes más precisiones en su agitada vida que las que proporciona Aparicio. Por último, David Rubio Calzada (1883-1962), otro leonés, fue un agustino inquieto y andariego, cuya agitada vida y sus diver-

Los tropiezos precisarían bastantes más detalles que los que aporta su hermano de Orden.

Libro sencillo, propagandístico e interesante que proporcionará a los lectores más conocimientos sobre una Orden que fue, hasta no hace muchos años, importante y prestigiada. Ojalá aparezca pronto un nuevo P. Cámara que la devuelva al lugar que nunca debió perder.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

Juan López Tabar: LOS FAMOSOS TRAIADORES (*)

López Tabar, historiador para mí desconocido hasta el momento, pues no recuerdo haber leído o visto citado ningún trabajo suyo, ha publicado un libro muy importante sobre los afrancesados, que en adelante tendrán que utilizar quienes quieran referirse a la cuestión. Excelente en la aportación de datos y nombres, cae en las tan conocidas porturas irenistas de comprensión y aun de sublimación del caso, si bien hay que reconocer que no es de los más exagerados en ello.

Comenzaré por exponer mi opinión sobre el tema, que es la de la traición. En cualquier situación política en la que una nación se ve invadida por otra suele haber tres tipos de personas. Los patriotas que rechazan la invasión y se juegan la vida combatiéndola; los que rechazando en el fondo de su corazón la invasión extranjera, no se atreven, bien por falta de valor, bien por creer con fundamento que toda resistencia es inútil, a oponerse activamente a los invasores, destacando entre éstos por su compromiso, muchas veces mucho más formal que material, aquellos que por ser funcionarios o militares se ven en la precisión de prestar al invasor, o bajo el invasor, los servicios que venían prestando en la situación anterior: jueces, militares, obispos, alcaldes, administradores, funcionarios, canónigos, párro-

(*) Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, 406 págs.